

guez, no es Mariano Conde, no es el *Perro*, no es Luna, no son todas las repugnantes imágenes reunidas sobre el proceso del millón, lo más indigno.

A cosas más altas hay que dirigir el pensamiento.

La flor del carbón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1675 MONTERREY, MEXICO

La boca de la mina brillaba enfrente de nosotros pálida y redonda. Parecía una luna, inmóvil sobre un cielo negro. Dentro quedaba el mundo siniestro de la hulla; mundo que el reflejo de los candiles nos había ido mostrando poco á poco.

Bóvedas tenebrosas en las cuales florecían musgos color de nieve; paredes donde el agua, al tropezar con las vetas rojas, bordeadoras del filón, se volvía sangre; boquetes, pozos invertidos, á cuyo fondo se subía en vez de bajar; hornos ventiladores, empequeñecidos por la distancia para transformarse en estrellas; ir y venir de vagonetas fantasmas, empujadas por vagoneteros espectros; golpear continuo de las filtraciones contra el suelo; golpear continuo también de los picos en la cantera de ébano.

La mina entera había desfilado delante de mis ojos, dejando en el interior de mi cráneo multitud de visiones indeterminadas y confusas. Sólo una se destacaba entre ellas con absoluta precisión: los boquetes, los pozos invertidos, á cuyo fondo se subía á cuenta de bajar, trepando por escalas infirmes, haciendo oposiciones

á gato, unas veces, otras á reptil, para conquistar plazoletas minúsculas, boquetes algo más espaciosos, donde un hombre andaba á piquetazos con el mineral y «á quién puede más» con la asfixia.

Ignoro si fueron las negruras morales de aquel cuadro ó las materiales negruras de la mina, motivadoras de mi ansia por dejarla cuanto antes, por salvar la distancia que me separaba del círculo redondo y pálido, de aquella luna inmóvil que se iba agrandando lentamente; pero es lo cierto que, cuando el día me envolvió con su luz y el paisaje asturiano manchó de verde mis pupilas y el cielo las inundó de azul, imaginé que, luego de estar muerto y enterrado durante dos horas, me desenterraban y volvía á vivir.

No respiraba solamente con los pulmones, satisfecho de absorber aire puro; respiraba con los ojos, con los oídos, con todo mi cuerpo, como los chiquillos que nacen.

Doblemente hermosos parecieronme entonces los montes que encauzaban el extenso valle, salpicado de pueblecillos blancos, de boscajes sombríos, de húmedas y melancólicas praderas; cien veces más alegre el viaje espumoso del río, que se encabrita sobre los peñascos y desmaya entre juncos; mil veces más dulces las voces femeninas que subían del valle haciendo competencia al río en amorosidad y frescura.

Hermoso y atrayente, más hermoso y atrayen-

te que nunca, cuanto al mirar mío se mostraba; los árboles brotando de la tierra para subir al cielo abriéndose en haces de ramas, y las chimeneas brotando de las fábricas para ascender al espacio y deshacerse en jirones de humo; las nubes embellecidas por los rayos solares, y los campos embellecidos por los capullos de las flores; los pájaros retozando en torno de sus nidos, y los hombres yendo y viniendo á la puerta de sus viviendas... Todo se poetiza á mis ojos...

Hasta una escombrera que entenebrece con su negro desplome las verduras de la montaña, quiso engalanarse, dejando que unas violetas esmaltaran con el terciopelo de sus hojas, el polvillo mate del carbón.

Era casualidad, pero antojóseme en aquel instante respeto, lástima sentida por aquella ola negra, que las palas de los trabajadores acrecían, de las flores ansiosas de vivir.

Bien lo merecían por su humildad y por su belleza.

Como á hermanas suyas debía contemplarlas una muchacha de quince años que, apoyándose en el regatón de la pala, dejaba perderse en las lejanías del valle sus ojos azules y dormidos.

Al igual de las violetas sobre la escombrera, erguía ella junto á la boca de la mina. Era pequeña, delgada. Su pelo rubio se desmechonaba sobre la nuca, como una toca de

oro; el cuerpo descubría su gentileza entre los harapos mal zurcidos para vestirlo; del rostro tiznado sólo se descubrían los ojos dormilones, los dientes blancos y los labios bermejos, que sonreían, plegándose en forma de capullo á punto de abrir.

Era poética y seductora imagen, nota dulcísima de juventud, inclinándose sobre un abismo para recoger en sus oídos los rumores del río saltarín y en sus pupilas las tonalidades suaves del crepúsculo.

Hija de mineros, allí estaba, removiendo el polvo negro del carbón con sus brazos débiles, mientras sus padres y sus hermanos cortaban la piedra negra del carbón con sus brazos robustos; allí estaba, junto á la mina, frente al boquete redondo y pálido, que parecía una luna inmóvil.

Allí estaba apoyada contra la pala, rodeada de mineros tiznados como ella, dejando perderse en las lejanías del paisaje el claro mirar de sus pupilas...

Después de contemplarla algunos instantes, volví la cabeza para dar á las violetas un adiós.

Habían desaparecido. Una paletada de escoria, cayendo sobre ellas, las dejó enterradas para siempre.

La muchacha seguía apoyada en el regatón de su herramienta.

¿Qué paletada la enterraría?...

**Diversión gratuita.**

Regresaba de uno de mis solitarios paseos por la madrileña Moncloa.

Metido anduve por sus más ocultos rincones ; de ellos salí con el alma del campo enseñoreada de mi alma. Esta, por obra de la campestre paz, se había hecho toda dulcedumbre y amor. El campo, no sólo regala al hombre salud, le regala bondad.

Lleno de ella subía por la cuesta que lleva de cara hacia el edificio de la Cárcel Modelo.

«Los que allí dentro sufren—exclamaba para mis interiores—, también merecen afecto, también son acreedores á la ajena bondad. Acaso algunos de los que vivimos y andamos libres, puestos en el ambiente que ellos respiraron desde la hora de su nacer, hubiéramos sido peor que ellos. Y ya que ellos cayeron, quienes, por mejor cuna, más nobles ejemplos ó más sana herencia, no caímos, debemos sentir, al acercarnos á ellos, si no sus miajas de remordimiento, sus muchos

de piedad; y debemos pedir, procurándola, si no su exculpación, su regeneración.»

Así pensaba, así dialogaba conmigo, á tiempo que salía del paseo de Ruperto Chapí y enfrentaba con el edificio de la Cárcel.

Coches de lujo, automóviles detonantes, manueles, tranvías y corceles diestramente jineteados, llenaban el centro de la vía. La gente de á pie iba, andenes abajo, en busca de las sombras y de las frescuras del parque. Los niños aparecían y desaparecían entre las personas mayores, jugando, saltando, revoloteando, como mariposas que son.

¡Hora de reposo, de esparcimiento, de solaz! ¡Hora de amor para los paseantes! Unos metros más de camino, y allá sobre el césped, entre los árboles, junto á los arroyos, los de á caballo y los de á pie, los ricos y los pobres, serían hermanos felices, bajo el oro del sol.

No todos seguían su paseo. Frente á la puerta principal del Modelo se detenían por grupos los curiosos, llegando á formar multitud. Guardias civiles á caballo iban y venían entre los grupos. Seis civiles, gobernados por un sargento, daban frente á la Cárcel; soldados de infantería se alineaban, arma al brazo, junto á la puerta. Dentro oíanse voces enérgicas, pataleos sordos y bruscos.

¿Qué era aquello? ¿Por qué se arremolinaba la multitud? ¿A qué obedecía la presencia de

los civiles á caballo? ¿A qué la actitud de la tropa, mauser en brazo y cuchillo en mauser?... ¿Sería un plante? ¿Una rebelión de reclusos?...

—¡Ya salen!... ¡Ya salen!...—gritaron los curiosos—. ¡Mira! ¡Mira! ¡Ya están ahí!

Los gritos no eran de temor; de curiosidad eran. Hombres y mujeres avanzaban hacia la Cárcel, empinándose sobre la punta de los pies. No había duda; aguardaban un espectáculo, y lo aguardaban impacientes, en gesto de público que se apiña contra la puerta de un teatro para presenciar la función.

Pero, ¿qué función, que espectáculo podía ofrecer á los impacientes la Cárcel? ¿Qué debía salir, qué iba á salir por aquella puerta, en cuyos umbrales dejan su libertad los hombres? ¿Qué debía salir?... Algo indigno, infame, cruel, que paso en crispación mis nervios y me hizo enderezar los puños.

Sí, había espectáculo. Dábanselo á la gente, los presidiarios de Ceuta que partían en conducción, esposados, con la parda vestimenta en el cuerpo, el gorro de vivos amarillos sobre las cabezas, el petate á los hombros y las pupilas relampagueando fieramente entre los párpados á medio cerrar.

¡Sí había espectáculo! Y gratis...

Frente á la puerta de la Cárcel esperaban cinco ó seis carros descubiertos; ¿para qué cu-

brirlos, verdad? A los tales carros subía la gente del presidio; en ellos se acomodaba, se embanastaba, se prensaba... Unos reían con cínico reír; otros inclinaban las frentes; aquéllos movían los labios—imagino que no eran oraciones las que provocaban el movimiento—; éstos se dejaban caer en la estera que daba fondo al carro; aquéllos, puestos en pie, desafiaban á la multitud. Uno se restregó los ojos con los puños. Aún le quedaban lágrimas...

Los jinetes de la Guardia civil formaron al lado de los carros y éstos emprendieron el viaje. Camino iban del «boulevard», de una de las rías más céntricas; camino iban de ella, á seguirla completa, á dar con los presidiarios en la estación de Atocha.

¡Y esto ocurría en Madrid, á las seis y media de la tarde, á la hora del paseo!...

La visión entrevista por la Cosetta de Víctor Hugo en un amanecer parisino se hizo carne ante mí... Nada faltaba para que la visión real, fuera idéntica á la poética visión del libro. Había más gente y más luz. El resto, igual todo.

¿Que faltaban los latigazos impiadosos del cómitre? Cierto. Faltaba el latigazo material; pero el latigazo moral era, por la hora, por el sitio, por la concurrencia, más cruel y más bárbaro.

¿Es así cómo vamos á regenerar la carne

del presidio? ¿Es así cómo vamos á hacer, de los hombres malos, hombres buenos?

Así, únicamente conseguiremos una cosa: que en esos hombres, al dolor se sume el rencor. El odio no es el mejor vehículo para traer bondad á las almas.

